

SUBIRACHS,
en Galería Arturo Ramón

Veinte años (1954-1974) abarcan estos treinta y dos dibujos expuestos por José María Subirachs. Desde ellos podemos seguir la trayectoria y evolución de su obra como escultor. Desde el primero («Destrucción», 1954) hasta el último («Génesis 2,7», 1974), todo el proceso de su obra, aunque en síntesis, se nos manifiesta como un reencuentro con ella revelada ya sin edad en una totalidad plena de sentido. No es fácil pasar —para el espectador— del escultor al dibujante, haciendo abstracción de aquél. En los dibujos hay dibujo y hay diseño,

pero hay, sobre todo e indudablemente, dibujo y diseño de escultor, el escultor que es él. Y, sin embargo, yo diría que más que dibujos concebidos y creados por un escultor con la idea de las tres dimensiones, son dibujos «para» un escultor. No obstante, las preposiciones no cambian el tiempo ni la persona: considero más bien que lo sitúan en su propio y justo sentido. Subirachs es un creador humilde que no niega el pasado para ser sólo presente. Los grandes maestros lo fueron para él con su grandeza y su maestría. La mayor deuda que ha contraído con ellos es la de que a través de su obra descubrió su propia personalidad, una personalidad apoyada en los más puros y clásicos cimientos. No importa toda esa evolución que, partiendo de un expresionismo llegue a la abstracción con una constante surrealista en toda su obra. Subirachs, haga lo que haga, será siempre un clásico que lleva en la masa de la sangre —una sangre actual, de hoy, que nadie le niega— la lección de Leonardo y de Miguel Ángel, incluso la de Bernini. Y a propósito del escultor napolitano, molesta, por irrespetuosa para lo que debe respetarse, aunque sea por los demás, esa «Leda, homenaje a Bernini», que firma en 1972.